

# Cartas Levantiscas (I)



Alcalá de Henares, 1 de febrero de 1995

Querido amigo:

Aprovecho una tarde de asueto para mandarte estas líneas. Me han entusiasmado tus proyectos: mantén el rumbo, tienes el viento a favor.

En lo que a mí respecta, sigo igual que siempre: sólo ha cambiado un poco el entorno. Vivo en una casa amplia, soleada y tranquila, rodeado de libros y atormentado por mi pésima conciencia.

Me pides que te dé mi opinión sobre lo que en el foro denominan el estado de la nación. España no tiene solución -acaso la tuvo veinte años ha- y dejó pasar la ocasión. Lo siento, me salen pareados. La indignidad de unos pocos, si bien señalados ciudadanos, nos salpica a todos los demás. La situación exige que lavemos la ropa sucia en familia, esto es, en casa, sin preocuparnos de que los vecinos nos vean hacer la colada. Ahora bien, lo que no tolero es que pretendan lavar sus manos ensangrentadas en mi sopa, en la que suelo mojar mi honrado pan cotidiano. Han convertido a España en un verdadero páramo; ya éramos pobres, pero nos han quitado lo poco que nos quedaba: la vergüenza.

Dejemos ahora este espinoso problema y hablemos de literatura, único refugio de los desocupados y de los humildes. Te recomiendo un libro que me ha venido a parar a las manos últimamente: se trata de las reflexiones literarias de Ernesto Sábato: *El escritor y sus fantasmas*. Sin ser extraordinaria, es una obrita amena, bien escrita y sincera. Ofrece una lectura provechosa, y en algunos pasajes iluminadora; te recomiendo que leas el apartado intitulado "Los dos Borges", estudio a la vez lúcido y cruel del viejo maestro. Disiento de Sábato en muchos puntos, pero encuentro muy interesante esta crítica demoleadora del diletantismo y del platonismo de Borges. Aunque justa desde un punto de vista, se me antoja tremendamente injusta desde otro: las verdades suelen ser parciales. Del mismo modo se podría empuñar la pluma y ridiculizar la vivencia masoquista del literato plañidero de Rojas.

Solía decir Flaubert que era recomendable leer lo mejor y lo peor, que tan sólo las medianías eran nocivas. Por fidelidad a este principio, acostumbro, como sabes, a leer libros que aborrezco. Ya conoces mi debilidad por Simone de Beauvoir, que personifica para mí toda la ridiculez de la marisabidilla, junto con la bajeza intelectual y humana de la izquierda. Sus memorias me produjeron un gran solaz.

Por fortuna, el otro día encontré su magna obra *El segundo sexo*, de baratillo, como es de rigor. La Beauvoir amontona datos, anécdotas, ideas disparejas que sazona con nociones psicoanalíticas o marxistas, para darnos unas conclusiones reñidas con todo lo que hoy se sabe en materia de antropología. Con todo, vale la pena ojear este libraco, que por partes se lee como una revista del corazón: "(...) todas estas preocupaciones no impiden la aparición de las canas ni de las patas de gallo (II, 7)".

Me preguntarás, querido amigo: ¿has leído algo bueno estas últimas semanas? Lo estaba reservando para el final. En primer lugar, he vuelto a leer el formidable cuento filosófico de Orvel *Rebelión en la granja*. Creo que se trata de uno de los libros más saludables jamás escritos: ¡por fin, tras tanta pesadilla utópica, una anti-utopía desengañada! Orvel se propuso atacar al estalinismo, sin reparar en que, al mismo tiempo, descalificaba sin paliativos toda la escatología marxista. En sus admirables memorias, Anthony Burgess subraya que Orvel, a quien trató, en 1984 no hablaba de otra cosa que de la posguerra británica y del Estado de bienestar laborista que se enpezaba a levantar sobre sus ruinas.

Una última sugerencia, lee el soberbio carné de notas del recientemente fallecido Elias Canetti *La provincia del hombre*. Resumen treinta años de una rica vida consciente, la de uno de los últimos testigos y protagonistas de lo que fue la gran cultura europea, que ya muy pocos recuerdan o añoran.

Con esto cierra y se despide tu servidor y amigo

Víctor Vázquez